



Crónica Literaria

Por ALONE

MEMORIAS DE UNA MUJER IRREVERENTE. Por Marta Vergara (4ª edición). G. Mistral.

Posee Marta Vergara en alto grado uno de los dones más raros que pueden tocarse a un escritor: el arte espontáneo de pintar a un individuo, o escribir una escena, o contar un suceso como si no supiera que lo está haciendo. Sean ellos dramáticos, patéticos o cómicos, ella no se da por entendida; no alza o baja la voz al compás de los hechos o las imágenes y no dirige al lector las miradas de complacencia para ver el efecto que le va a producir, ni parece atribuir a sus palabras ninguna importancia.

O sea, carece totalmente del vicio tan común llamado retórica. Su estilo fluye con total naturalidad. Quien la lee puede estar riéndose o temblando. Ella lo deja fluir. Correcta o incorrecta, patética o sencilla, el mundo para ella es un mundo interior, desplegando espectáculos a que ella también asiste; pero sin demostrarlo con gestos o entonaciones. Hay en ella algo de González Vera, menos calculado aún.

Años atrás Silva Castro compuso una antología de cartas personales auténticas. Las había deliciosas, de subido color pintoresco. Ignoramos por qué no se han reeditado. La misma frescura suele hallarse, no siempre, en el "Epistolario" de Poblete. Más rara vez en los "Recuerdos del Pasado", de Pérez Rosales, con quien las "Memorias de una Mujer Irreverente" ofrece más de un punto de contacto.

Esta cantidad ya señalada hace diez años en la primera edición de "La Mujer Irreverente" podemos saborearla mejor aún en esta cuarta edición que acaba de aparecer.

¿A qué se debe en el fondo?

Apartando condiciones accesorias, indispensables, su origen debe buscarse a nuestro juicio en otra condición, también fundamental y esencial: la falta de vaciedad, una especie de equilibrio indiferente, hecho de matines muy finas y sin esfuerzo que dan, a un tiempo, la sensación de la ausencia y de la presencia. Ausencia de la escritora, que no mira al lector al narrar los hechos y presenta a los personajes tal como los vio.

Cierta dosis de ironía, siempre leve, mezclada al sin escenas al amor y la le entrega hizo casi imperceptibles a un escepticismo resignado, exento de amargura.

El conjunto, cuando se le analiza, desconcierta. No se sabe a qué lado se inclina ni qué propósito le mueven. ¿Morir por dentro? Es posible. ¿Sonreír, se encogir de hombros o está simplemente contemplando "desde el punto de vista de Sirio", como Rimbaud?

Tómese esa entrada en materia, con el drama de la madre, las desventuras del padre y ese terremoto de 1906, en Valparaíso, trastornante, la mejor pintura de ese catástrofe que conocamos.

No suena una sola nota en falso. Y algunas hay de tal vigor que pocos habrían osado decir y ninguno las lee sin estorbo.

Como un niño de máxima de atravesamiento, confiesa Fernando Santiván (Memorias de Semanegui), que en sus años de infancia supo de la pobreza, conoció el hambre. Recomendamos, aun más desafiante, dedíe una de sus novelas: "A mi padre, vendedor ambulante; a mi madre, empleada doméstica". Y en verdad esos rasgos se graban los eternos de memoria. Marta Vergara, desde una esfera larva diferente, relata que no una sola vez, sino varias, acompañó a su padre, arruinado, a una Casa de Piedad llevando ropas para empaparlas y cuslearlas al sustento ese día.

Y el terremoto de 1906:

"En una habitación de un edificio de dos pisos, en Valparaíso, inferna a una enorme caja forrada en raso rojo, enloquecida, trataba de llegar hasta la cama en que estaba mi ma-

dre, ya tan enferma que para morir no necesitaba un terremoto. No lograba alcanzarla; la caja y la cama rodaban sin encontrarse por la pieza. Cuando cesaron las primeras sacudidas, me bajaron en brazos; ella conata ya echo atrás. No sé cómo me limos todos, mis dos hermanas, una día y dos empleadas, sin que nadie quedara atrapado dentro de la casa. Junto con abandonarla, en perfecto sincronismo, se desmoronó por dentro.

Sólo resistieron sus cuartos exteriores. Subimos sobre las escombros que llegaban a la calle y sobre las sates humanas hundiéndose bajo tierra. Un cielo intensísimo que yo sentía sobre mi cabeza, nos lanzaba agua, truenos y relámpagos. Cuando cesaron los ruidos y la trepidación, empecé a ver a los vivos y a los muertos..."

Vengan después las confabulaciones internacionales con amonesta a un país capaz de afrontar a través de su historia catástrofes semejantes, combatiendo planes que todos saben de dónde vienen y adónde van, como se hacen un día y al otro se desatan y cuánto de artificial y efímero hay en su estrepitosa propaganda.

Marta Vergara, que algo supo de poetas adentro de esas y otras aventuras y las vivió y gozó en el Nuevo y el Viejo Mundo, tiene buen derecho para referirse a ellas en el tono en que lo hace.

El entrelazo de esos episodios forma la trama de estas memorias, no menos nutridas de hechos que las de Pérez Rosales y siempre acordadas al mismo humor, con la misma especie de inmemorial naturalidad.

Donde en las cebras surge alguno digno de leerse; pero indudablemente entre todos sobresalen los retratos y figuras vivientes que podrían recogerse en una antología de la prosa chilena.

Si a alguien le tentara esa empresa, desde luego le señalaríamos, dentro del ámbito literario, tres magníficas estampas que ilustran de nuestro pasado inmediato.

Primero, la semblanza tan matizada de la extraña figura que fue Leonardo Pena, encerrado por ella en París, patético embudo de la soberbia intelectual que toca una especie de inocencia, los límites del crimen, a tal punto se siente superior a la humanidad común. Detalles hay allí y pinceladas que no habría desdado Prosser; selectas a línea justa, el rasgo árido, el colorido ameto.

La grupo escultórico tallado en piedra forman Pablo de Rukha y su familia, desorbitados hasta lo gigantesco, equilibrándose entre lo cómico y lo trágico; Marta Vergara los combina y define, sin que pueda decirse dónde empieza la sonrisa, dónde cesa el pavor.

¿Y alguien ha dado, entre las infinitas estampas de Gabriela Mistral, perfiles más justos, ciertos y a fondo, más expresivos y vibrantes, que la media página dedicada a ella por Marta Vergara?

Como la explosión tipográfica, no menos lavadora que la otra, acerca cada día su ritmo, y amenaza cubrir el mundo a breve plazo, cosa ya observada y temida por Anatole France hace más de un siglo, las antologías se imponen para que alguien pueda leer lo digno de leerse antes de que el papel impreso nos sepulte.

En una buena selección de las mejores páginas de prosa chilena queremos señalar como indispensables muchas de estas "Memorias de una Mujer Irreverente" que tienen un alto indicio dentro de su género.

Memorias de una mujer irreverente [artículo] Alone.

Libros y documentos

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1974

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Memorias de una mujer irreverente [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile